

Sergio Lojendio

SANTA CRUZ DE TENERIFE

El Museo Reina Sofía reordena y amplía su colección «con la voluntad de ofrecer narrativas y experiencias que, sin pretenderse exhaustivas ni categóricas, nos hablen del momento presente mediante el estudio crítico del pasado común», reza el comunicado de la pinacoteca. En el discurso expositivo de *Vasos Comunicantes. Colección 1881-2021* lo que prima no es la sucesión cronológica de los acontecimientos y obras, sino una propuesta integrada por ocho episodios temáticos que se abren a temporalidades flexibles y a enfoques interdisciplinarios, y que pueden vincularse entre sí generando a su vez nuevos relatos.

La exposición permanente -que ya ha desatado la polémica entre quienes consideran que sucumbe a la ideología- está compuesta por unas dos mil obras que incluyen piezas de finales del XIX a nuestros días. «Era necesario repensar el museo, mostrar lo que ha ocurrido en los últimos años y que no estaba presente en las salas», señala el director, Manuel Borja-Villel. El museo ha optado así por distanciarse de la narración lineal de la modernidad, tal y como se ha expuesto tradicionalmente. La colección ha crecido en obra pictórica, documental y se ha expandido a otros formatos (el cine y el vídeo), ámbitos históricos y marcos geográficos, lo que permite generar «relatos plurales sobre la modernidad, sus precedentes y sus réplicas», subraya Borja-Villel.

> Los surrealistas habían abandonado el paisaje como tema, pero Óscar lo recrea desde su interior

Los pintores canarios Óscar Domínguez y Juan Ismael figuran en esta reordenación. El primero con el óleo *Papillons perdus dans la montagne* (*Mariposas perdidas en la montaña*), equiparable en estilo y contenido a las pinturas más significativas de su autor. Durante su época de París -vinculada con el surrealismo y la más conocida y valorada del artista-, la nostalgia de su Tenerife natal impulsa al artista a realizar lienzos de este tipo. En este parece evocar la colección de lepidópteros de su padre, unas mariposas disecadas y conservadas en una caja. Dos mujeres, sobre un fondo neutro, cuya indumentaria parece aludir al mundo guanche, encaramadas sobre una montaña -posiblemente el Teide-, observan en actitud de adoración a la caja portadora del legado paterno, de una forma distorsionada y deformada recordando a las litografías inglesas, que el pintor coleccionaba. La mujer más cercana al ojo del espectador mantiene un hilo de unión con las mariposas, como si Óscar tratara de anunciarnos que, a pesar de estar lejos de su tierra y sus seres queridos, nunca estará muy lejos, siempre habrá algo que le una a dónde procede.

El lienzo formó parte de la Primera Exposición Internacional del Surrealismo del año 1935 en el Ateneo tinerfeño, que fue un completo fracaso, la adquirió Arnulfo Córdoba Fariña, un comerciante amigo, y en el año 2010 pasó a los fondos del centro estatal junto con otro lote de obras mostradas en ARCO.

El Reina Sofía 'diseca' a Óscar

El cuadro 'Mariposas perdidas en la montaña' del surrealista tinerfeño figura en la reordenación de la pinacoteca madrileña



'Mariposas perdidas en la montaña' (1934-1935). Óleo sobre tela (60x45 cm), firmado por Óscar Domínguez, que el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía adquirió en 2010 con ocasión de la exposición ARCO-madrid, en un lote que incluía otras once piezas por un valor global de casi un millón de euros. | E.D.

«Su padre era pintor dominguero y coleccionador de rarezas. De sus viajes a Europa traía mariposas disecadas, cerámicas, libros de tricología, cámaras fotográficas, prismáticos, cráneos de aborígenes guanches (...). Estas colecciones de su padre despertaron siempre la fantasía infantil de Óscar»,

describe el catedrático y crítico de arte Fernando Castro Borrego.

Lo cierto es que mientras el común de los surrealistas habían abandonado desde la década de los treinta el paisaje como tema pictórico, Óscar Domínguez lo recrea desde su interior. El recuerdo de Tenerife le hace metamorfo-

sear los motivos: dragos, volcanes, malpaíses, estratigrafías geológicas... que se amalgaman sin orden creando espacios imaginarios. «Ser telúrico, presa de sus fantasmas, hundido a gusto en los olores, las savias, la sabiduría del Atlántico y de la isla», escribió Maud Westerdahl.

¿Pero son mariposas o pajaritas? Con ocasión de la Primera Exposición Internacional del Surrealismo de 1935, organizada por Westerdahl y los miembros de *gaceta de arte* en el Ateneo Tinerfeño, se expuso *Mariposas perdidas en la montaña*. La pieza había permanecido en la Isla, concretamente en la colección de un comerciante amigo, de nombre Arnulfo Córdoba Fariña, quien había colaborado mediante esta adquisición a paliar el desastroso balance económico de aquella iniciativa.

En 1951, Óscar Domínguez le dedica a Eduardo Westerdahl una litografía en la que figura un caballete que sostiene un muestrario de pajaritas (¿mariposas?). Precisamente, la cacería de mariposas era una de las actividades del grupo Pajaritas de papel, una actividad infantil que practicaba Westerdahl, quien la asociaba al reconocimiento de cualidades naturales extraordinarias de la isla. «La cacería representa el desarrollo de iniciativas que desde el mundo de la creación cultural y artística contribuyan a poner en valor las cualidades mágicas de la Isla, provocar su reconocimiento internacional y convertirla en un lugar con presencia significativa en los foros internacionales. La acción es una modalidad de construcción que se opera en el terreno semiótico, creando significados nuevos», señala la profesora María Isabel Navarro en *Una cacería de mariposas. Óscar Domínguez en la colección del Museo Eduardo Westerdahl del Puerto de la Cruz en Tenerife*.

> 'Amor en los huesos', de Juan Ismael, lo compró el museo en una subasta en 2015 por 16.000 euros

El otro exponente isleño es Juan Ismael con su obra *Amor hasta los huesos* -lienzo que compró el Reina Sofía en una subasta en 2015, al precio de 16.000 euros- en el que incorpora a su temática la representación de alusiones orgánicas, vísceras, huesos y sistemas circulatorios de gran originalidad, sin ninguna relación con el tipo de representación anatómica tradicional.

Sus primeros lienzos surrealistas fueron expuestos en el Centro de la Construcción de la carrera de San Jerónimo, en 1935. Sus obras fechadas en ese año, muestran ya una asimilación total del lenguaje surrealista en la vertiente del automatismo simbólico, es decir, apegado a la reproducción fiel y minuciosa de lo representado, aunque esto parezca fuera de toda lógica, siendo frecuente en su obra la representación de seres y cosas sometidos a procesos de metamorfosis constantes. «Estamos ante un artista cuyo surrealismo es el más puro en el ámbito de Canarias y con una obra conectada la literatura», señala Ángeles Alemán, profesora de Historia del Arte de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (ULPGC).